

si Adan no pecara; y así cuanto es de su parte ya me le dió. Gracias te doy, ó Padre soberano, por la voluntad que tuviste de dar al hombre dos paraísos en que morase, uno terreno y otro celestial, trasladándole del uno al otro si perseveraba en tu servicio. Suplicote, Señor, que pues ya perdí por el pecado de Adan el primero, no pierda por mis pecados el segundo. Y pues me perdonaste ya la culpa original por el Bautismo, perdóname las actuales por la Penitencia; consérvame siempre en el paraíso terreno de tu Iglesia, con la comida del árbol de la vida que tienes en ella, para que en viniendo la muerte, me traslades al paraíso celestial de tu gloria. Amen.

PUNTO QUINTO.—1. Lo quinto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, acabada la obra de este día tercero, vió que era buena, porque nada le faltaba de todo lo concerniente para el fin de su creacion (1). En lo cual se ha de ponderar, lo primero, que todas las cosas que Dios crió para nuestro sustento son buenas y ninguna es mala de su naturaleza, aunque puede ser malo el uso por haberle su Majestad prohibido, como vedó á nuestros primeros padres comer la fruta del árbol de la ciencia, aunque era hermosa y deleitable, lo cual hizo para probar su obediencia. Y ahora el mismo Dios por medio de su Iglesia prohíbe el uso de algunos manjares, y los perfectos, ó con voto, ó por devoción, se prohíben á sí mismos el uso de algunas cosas regaladas, para mortificar su carne. De donde sacaré gran determinación de usar de estas cosas con agradecimiento y templanza; porque si la cosa que Dios crió es buena, no es razón que el uso por mi glotonería se haga malo, en lo cual guardaré el consejo de san Pablo que dice: *Toda criatura de Dios es buena, y ninguna se ha de desechar por título de ser mala, si se recibe y come con acción de gracias, porque está santificada por la palabra de Dios y por la oración* (2); porque el Verbo divino la aprueba por buena, y la oración que acompaña la comida la hace santa.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que todo lo que Dios crió en este día fué bueno, sin embargo de que también hizo los espinos y algunas plantas y yerbas venenosas, porque aunque éstas sean dañosas para los hombres, son provechosas para otros animales, ó para otros fines del universo, y aun al mismo hombre sirven de medicina mezcladas con otras; y si Adan no pecara, nunca le pudieran dañar. Y finalmente, son instrumentos de la divina justicia, para castigar á los que usan mal de otras cosas; y esto basta para

(1) Genes. 1, 12. — (2) I Tim. iv, 4.

ser muy buenas, pues aun de las que son muy provechosas usa Dios para castigar á los malos y desagradecidos, porque el agua á unos refresca y á otros ahoga; el fuego á unos calienta y á otros abrasa. De donde he de concluir, con cuánto cuidado debo usar de estas criaturas en servicio de mi Criador, imaginando que todas me dicen aquellas tres palabras que pone Hugo de San Víctor: *Accipe, redde, fuge: accipe beneficium, redde debitum, fuge supplicium. Recibe, paga, y huye; recibe el beneficio, paga la deuda, y huye del castigo* (1), como quien dice: Si no quieres servir á Dios por el beneficio que de él recibes, sírvele siquiera por el castigo que te puede dar, porque la criatura que crió para tu provecho se convertirá en tu verdugo y tormento. Este lenguaje tengo de oír y entender en viendo las criaturas, y en queriendo usar de ellas, mirando á Dios, de quien todas proceden y por quien dice estas palabras. Ó sumo Bien de quien todo lo que procede es bueno; concédeme que use de ello con tal bondad y agradecimiento, que huya el castigo y alcance el premio, gozando de tu suma bondad por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXII.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EN EL CUARTO DIA.

PUNTO PRIMERO.—*Del Sol.*—1. Dijo Dios: *Háganse lumbreras en el cielo, que dividan el día y la noche, y sirvan de señales, y de dividir los tiempos, los días y los años, para que resplandezcan en el firmamento del cielo y alumbren la tierra: é hizo así, porque hizo Dios dos lumbreras grandes: la mayor para que presidiese al día, y la menor para que presidiese á la noche, y las estrellas, etc.* (2).—Lo primero, se ha de considerar la grandeza del beneficio que nos hizo Dios en criar la lumbrera mayor de las dos, que es el sol, ponderando juntamente sus excelencias, y el fruto que de ellas se puede sacar (3).—La primera es, la grandeza de luz que tiene como fuente de la luz, cuyo resplandor es tan grande, que en saliendo al mundo oscurece las estrellas, y en su presencia son como si no fuesen.—La segunda es, la perpetuidad y permanencia de esta luz, sin menguarse un punto, ni enturbiarse en sí misma (4).

2. La tercera es, la grandeza de cuerpo, por razón de la cual le llama la Escritura, *luminare majus*, porque es mas de seis mil ve-

(1) Lib. de arca mor. c. iv, t. 2. — (2) Genes. 1, 14; D. Thom. 1 p. q. 70.

(3) Eccles. in hym. ad Vesp. fer. IV. — (4) Pereira, hic.

ces mayor que la luna, y mas de cien veces mayor que la tierra.—La cuarta es, eficacia grande en alumbrar á todo el mundo, y repartir con gran liberalidad su luz en un momento y sin resistencia alguna en los cuerpos capaces de ella, presidiendo como rey al día, y haciéndole con su movimiento ligerísimo desde Oriente á Poniente, como dice el Salmista (1).—Demás de esto, tiene maravillosa eficacia en calentar, echando de sí rayos como de fuego; y juntamente tiene virtud en causar tales influencias, que vivifican y hacen crecer las plantas y los vivientes, ayudando á todos para su vida y conservacion.

3. La sexta es, que con el movimiento propio que comenzó este cuarto día hace la diversidad de tiempos, que son, verano, invierno, estío y otoño. Además la diversidad de los días, unos mayores que otros, en diversos tiempos y lugares. Además, él hace los años, porque su entero movimiento es el tiempo que llamamos año. Para estos fines le crió Dios, mostrando su omnipotencia en hacer tan bella y tan grande criatura en un instante, con solo su querer; y por esto le llama el Sabio, vaso y cosa admirable, obra por excelencia del muy Alto (2); por lo cual he de darle gracias cada vez que sale, admirándome de la belleza y constancia que muestra en su nacimiento y carrera, conforme á lo que dice David: Sale como desposado de su tálamo, y alégrase como gigante, para correr su carrera, saliendo de un extremo del cielo, sin parar hasta llegar al otro (3). O Dios omnipotentísimo, gózome de la gloria que te da esta bella criatura, y alábote mil veces por el bien que cada día nos haces por medio de ella. Justo es, Señor, que cuando sale el sol yo me alegre como gigante, para correr en tu servicio la carrera de aquel día, comenzando desde la mañana con perseverancia en el fervor hasta la tarde.

4. De aquí subiré á contemplar, como el sol es símbolo y señal de la divinidad de Dios, por la cual es conocida de los hombres mas claramente que por otras criaturas. Y por esto dijo el Salmista (4): Que Dios habia puesto su tabernáculo y morada en el sol, en quien obra cosas maravillosas, y allí le hallará quien le buscare, meditando las seis propiedades que contamos, las cuales con mas excelencia están en la divinidad de quien ellas procedieron. O Dios eterno, sol de justicia, luz inaccesible, en cuya presencia no solo se oscurecen las estrellas, sino el mismo sol; tú eres fuente de la luz y fuente perpetua que no se puede agotar: tú alumbras los hombres,

(1) Psalm. XVIII, 6.—(2) Eccli. XLII, 2.—(3) Psalm. XVIII, 7.—(4) Psalm. XVIII, 7.

especialmente tus escogidos, y con tu luz les das calor vital é influencias celestiales: tú eres el que presides sobre el sol y el día, sobre los tiempos y años, y por tu voluntad están repartidos con el orden y concierto que ahora tienen. Alámete, Señor, el sol y el día, el invierno y el verano, el estío y el otoño, y todas las cosas te glorifiquen por la gloria que descubres en esta criatura. Amen.—De aquí tambien aprenderé á imitar en mi modo las propiedades del sol, pues del alma perfecta se dice, *electa ut sol, que es escogida como el sol* (1), por la singular santidad que tiene, en la cual persevera sin mudanza, resplandeciendo con buenas obras para la gloria de Dios, y para dar luz y calor de espíritu á los prójimos.

PUNTO SEGUNDO.—*De la luna.*—1. Lo segundo, se ha de considerar la grandeza del beneficio que nos hizo Dios nuestro Señor en criar la segunda lumbrera menor, que es la luna, ponderando tambien sus excelencias para nuestro provecho.—La primera es, la grandeza, belleza y hermosura que tiene, cuando recibe del sol la luz, y no la recibe para quedarse con ella, sino para alumbrar la tierra de noche y presidir en ella (2), desterrando parte de las tinieblas que se hacen con la ausencia del sol.—La segunda es, el armonía con que va siguiendo al sol, de tal manera, que siempre tiene luz en la parte que le mira de lleno, y en la otra, como dice el Eclesiástico, va menguando hasta que se acaba, y luego va creciendo maravillosamente hasta que se llena, llegando en lo uno y en lo otro hasta lo sumo (3).—La tercera es, la virtud grande que tiene de causar influencias y efectos maravillosos en la mar y en los vivientes, aunque muchos no alcanzamos y otros experimentamos.—La cuarta es, que con su movimiento propio es tambien señal de los efectos que causa y de la variedad de los tiempos del año, y especialmente, como dice el Eclesiástico, es causa de los meses, porque su propio movimiento tarda un mes, poco mas ó menos. Con estas consideraciones he de avivar en mí los afectos de alabanza y agradecimiento á Dios nuestro Señor por la creacion de tan hermosa criatura, y por los bienes que de ella reciben las demás.

2. Pero levantando mas el espíritu, contemplaré como la luna es símbolo y señal de la hermosura de las almas santas, á las cuales llama Dios *hermosas como la luna* (4), cuya hermosura y resplandor consiste en mirar siempre al sol infinito de la Divinidad, y recibir de él la luz y resplandor de su divina gracia, dones y virtudes, procurando por una parte menguar y decrecer en su estima, hasta

(1) Cant. VI, 8. — (2) Psalm. CXXXV, 9. — (3) C. XLIII, 7. — (4) Cant. VI, 9.

llegar con su propio conocimiento al profundo de su nada y de la oscuridad que tiene de suyo; y por otra parte procurando crecer en las virtudes, hasta la plenitud de la gracia y hasta la consumacion y perfeccion en ella. O Sol de justicia, de quien depende la hermosura de la luna; concédeme que te siga con tal fervor, que siempre reciba aumento de tu gracia con profundo conocimiento de mi miseria; no permitas que imite á la luna como los necios en mudarme del resplandor de la virtud á la oscuridad del vicio (1), sino que siendo constante en este como el sol, me mude siempre de bien en mejor, hasta llegar al estado inmutable de tu gloria, donde te vea y goce sin fin. Amen.

PUNTO TERCERO.—*De las estrellas.*—1. Lo tercero, se ha de considerar el grande beneficio que nos hizo Dios en la creacion de las estrellas, ponderando sus excelencias y maravillas.—La primera es, su muchedumbre, que es innumerable á los hombres, como lo son las arenas del mar; y así se precia Dios de saber su número y de conocer á cada una por su nombre (2): y con ser tantas y tan bellas, muchas de extraordinaria grandeza, en un momento las crió y puso en el firmamento donde están fijas, con admirable orden y concierto, como un ejército de soldados muy concertados, y así las llama la Escritura escuadrones celestiales, guardando cada una su puesto con gran firmeza, y haciendo maravillosas figuras, unas con otras ordenadas, como dice Job, por el Criador (3), y se precia de ello por ser tan admirable.—La segunda excelencia es, que juntamente con la luna presiden, como dice David (4), en la noche, y nos alumbran y sirven de guías para las jornadas y navegaciones, y con su presencia hermosean y adornan grandemente el cielo, cuando se descubren en la oscuridad de la noche.

2. La tercera excelencia es, que todas y cada una de ellas causan maravillosas influencias en la tierra, en los vivientes y en los hombres; y aunque son ocultas, no por eso dejan de ser muy provechosas, por las cuales debemos á Dios dar tantas gracias, como por las manifiestas, pues las ordenó para nuestro bien; y así dice el Eclesiástico: *Que obedecen á las palabras del santo* (5), para ejercitar lo que ordena, y nunca duermen ni desfallecen en sus vigiliat. Y el profeta Baruc añade: *Que en llamándolas Dios, dicen muy alegres, aqui estamos, y alumbran con alegría en servicio del que las crió* (6). Todo esto me ha de ser motivo de alabar á Dios, procurando en

(1) Eccl. xxvii, 12. — (2) Psalm. cxxvi, 4. — (3) Job, xxxviii, 31.

(4) Psalm. cxxxv, 9. — (5) Eccl. xliii, 10. — (6) Baruch, iii, 34.

agradecimiento de este beneficio imitar las propiedades dichas, en que son simbolo de las almas justas, especialmente de las que con ejemplo y palabra enseñan á otros la virtud; por lo cual, como dice Daniel, *resplandecerán en el cielo en perpetuas eternidades* (1). Gracias te doy, amantísimo Criador, por la hermosura que diste á tan innumerables estrellas, distribuyéndolas por el cielo con admirable concierto, dando á cada una su propio lugar, su propio resplandor y propio oficio. ¡Oh cuán mas admirable será el ejército de estrellas que tienes en tu supremo cielo, distribuido con el mismo orden y concierto, conforme á los merecimientos que tuvieron en la tierra! Concédeme, Señor, que sea yo estrella en la Iglesia militante, guardando como fiel soldado mi puesto, haciendo mis vigiliat sin cansancio, y obedeciendo á tus preceptos con alegría, para que luciendo aquí para tu gloria, alcance gran lugar en la Iglesia triunfante, reinando contigo por todos los siglos. Amen.

PUNTO CUARTO.—1. Lo cuarto, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, hecha esta obra, vió que era buena, y se agradó mucho de la perfeccion que puso en ella, ponderando como es tanta la belleza y hermosura que dió en este cuarto dia al sol, luna y estrellas, que deslumbrados los hombres rudos, vinieron á pensar que eran dioses, y rectores ó gobernadores de todo el mundo, pareciéndoles, que tanta bondad y perfeccion no cabia sino en lo que era Dios (2); pero esto mismo nos ha de provocar á dos excelentes afectos. El primero es, admiracion de la omnipotencia y soberanía de nuestro gran Dios; porque quien tan bellas criaturas pudo hacer, sin duda será incomparablemente mas bello y admirable que ellas; y como dice el Sabio, si tanto gusto nos da la hermosura de estas criaturas, muy mayor nos le ha de dar la hermosura del Criador, si le conociésemos por ellas. O Dios soberano, *speciei generator, engendrador de la hermosura*, no permitas que se cieguen los hombres con su resplandor, mirando al sol (3) cuando nace, y á la luna cuando resplandece, besando su mano, en señal de adoracion. Abreles, Señor, los ojos, para que entiendan que son hechura tuya y morada donde te han de hallar, glorificándote como á Dios, de quien todas procedieron (4).

2. El segundo afecto es, amor grande á quien nos amó tanto, que crió criaturas tan nobles y hermosas para servicio nuestro, y para que fuesen como criadas y esclavas nuestras. Por lo cual dijo Moisés á su pueblo: Mira que cuando veas el sol, luna y estrellas,

(1) Dan. xii, 13. — (2) Sap. xiii, 2. — (3) Job, xxxi, 26. — (4) Psalm. xviii, 1.

no las adores como á Dioses, ni honres á las que crió tu Dios *in ministerium cunctis gentibus quæ sunt sub cælo, para servir á todas las gentes que hay debajo del cielo* (1). Ó Dios omnipotentísimo y amorosísimo, ¿quién no te amará de todo corazón, por haber criado criaturas tan excelentes para servicio de gentes tan bajas? No solamente las criaste para el servicio de los reyes, sino para servicio de los viles esclavos, y lo que mas es, de los vilísimos pecadores. Ó Dios altísimo, que ordenas lo que pusiste en el firmamento del cielo para servir á las gentes que viven debajo de él; concédeme que te ame con tantas veras por este beneficio, que nunca jamás desfallezca en tu servicio por todos los siglos. Amen.

PUNTO QUINTO.—*Del fuego.*—1. Lo quinto, se ha de considerar la admirable providencia de Dios nuestro Señor en la creación del elemento del fuego; y aunque el santo Moisés no hizo de él mención, porque solamente contó las cosas corporales que se ven, y este elemento en su esfera no se ve, pero aquí viene bien ponderar la grandeza y magnificencia del beneficio que recibimos en este fuego visible de que gozamos, que es muy semejante al sol.—Porque lo primero, el fuego suple la ausencia que hace el sol y la luna de noche, y dentro de nuestras casas, y en los retretes hace oficio de sol, alumbrándonos con su luz; con la cual vemos á hacer de noche las cosas que con la luz del sol hacemos de día.—Lo segundo, tambien suple la distancia del sol en el invierno, y con su calor calienta á los que se llegan á él, deshaciendo la frialdad y el hielo, y vivificando el cuerpo aterido con el frío.—Lo tercero, á modo del sol, se comunica con liberalidad y facilidad á todos sin disminuirse por esto, como se ve en la luz de la candela, de la cual se encienden muchas, y á todos los que se acercan da parte de su calor.

2. Lo cuarto, es instrumento universal y eficaz para conocer y sazonar los manjares que comemos, y para purificar y labrar los metales (2); él consume las humedades con su sequedad, y ablanda y derrite las cosas duras con su eficacia, y hace otros maravillosos efectos para nuestro provecho; por los cuales hemos de glorificar al Criador, dándole gracias por la providencia con que previno el remedio de todas nuestras necesidades, atribuyendo las obras de este cuarto dia á su infinita misericordia, como lo hace David, diciendo: *Alabemos al Señor, porque es bueno y misericordioso, porque su misericordia dura para siempre. Hizo el sol para presidir en el dia, porque*

(1) Deut. iv, 19. — (2) D. Dion. libr. de Eccl. Hier. c. 13, ponit fere 34 proprietates.

su misericordia dura para siempre. Hizo la luna y estrellas para presidir en la noche, porque su misericordia dura para siempre (1); y tambien hizo el fuego para suplir la ausencia del sol y de la luna, y lucir por ellos en la noche, porque su misericordia dura para siempre, y durará en sus escogidos sin fin. Amen.

3. De aquí se puede subir tambien á considerar como el fuego, así como el sol, es símbolo de la Divinidad, al modo que se ponderó en las meditaciones de la venida del Espíritu Santo (p. V, med. XXV), añadiendo cuán propio es de nuestro Criador suplir las faltas y menguas de las criaturas, y acudir á favorecernos con socorro divino, cuando se nos ausenta y esconde el humano, y cuán liberalmente se comunica como fuego á todos los que se llegan y acercan á él; por lo cual dijo David: *Llegaos á Dios y seréis ilustrados, y vuestros rostros no serán confundidos* (2). Gracias te doy, ó fuego infinito, por los dos fuegos, uno corporal y otro espiritual, con que recreas nuestros cuerpos y nuestras almas. Enciende, Señor, la mia, con el fuego de tu amor, para que como fuego suba á lo alto de tu divinidad, juntándose con ella en union perfecta, por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XXIII.

DE LAS COSAS QUE HIZO DIOS EL DIA QUINTO.

PUNTO PRIMERO.—*De los peces.*—1. *Produzcan las aguas vivientes que nadan y que vuelen sobre la tierra, debajo del firmamento del cielo, etc.*—Lo primero, se ha de considerar como Dios nuestro Señor, el quinto dia quiso adornar el mar y los rios con abundancia de moradores; esto es, de muchos y grandes peces, para muestra de su omnipotencia y providencia en beneficio de los hombres. En lo cual, lo primero, ponderaré como quiso nuestro Señor que las aguas tuviesen parte en la formacion de los peces que habian de vivir en ella, como la tierra en la formacion de las plantas, por la razón que arriba se dijo; y así en virtud de esta palabra *producant aquæ* (med. XXI, punto 3.^o), las aguas de todos los mares y de los rios caudalosos administraron materia de la cual Dios hizo peces que anduviesen por ellas.—Lo segundo, hizo grande abundancia de ellos con gran diversidad de especies, y varias figuras y propiedades, y entre ellos los que llama *cete grandia*, ballenas y otros de extremada grandeza, sin comparacion mayor que la de los animales de la tierra, y á todos

(1) Psalm. cxxxv, 1, 8, 9. — (2) Psalm. xxxiii, 6.